

La caldera y eso

...total que el hombre éste dice que hay que cambiar el manómetro, que se sale porque el manómetro está mal, yo le digo que ya me cambiaron el manómetro, que no tiene ni un año el manómetro, pero se va a por uno nuevo; un manómetro nuevo. Se va y no vuelve hasta tres días después, no sé qué del almacén y el puente. Tres días sin agua caliente. Con el manómetro nuevo y sesenta euros menos, observo que aquello sigue soltando agua por todas partes menos por donde debe. Va a ser la bomba, dice el hombre éste cuando consigo que vuelva días después, que está muy liado pero que me ha hecho un hueco; toque aquí. Toco y me quemo. ¿A que quema?, me dice, pues eso, la bomba; hay que cambiarla. Se va, y bueno, ya se sabe, que yo no lo sabía, con la crisis los almacenes no tienen los recambios y hay que pedirlos, y yo mientras pues coloco cubos bajo los escapes y enciendo el agua caliente y que sea lo que dios quiera, pero que hay que ducharse. El hombre en cuestión, respetuoso con el fin de semana, vuelve el martes. Me había anunciado su llegada a las nueve de la mañana, pero apareció mientras me disponía a comer, a mediodía. Que le venía mejor, porque tenía otro arreglo cerca. Con la bomba nueva y ciento y pico euros menos, casi doscientos, observo nuevamente que aquello sigue soltando agua y empantanando el garaje. Pues va a ser la caldera, me dice el hombre, y yo no aprecio en él signo de demencia alguno en su mirada. Él, probablemente, sí que lo aprecie en la mía, porque es que me va a dar algo, que lo veo venir yo, que me va a dar algo: ¡de la caldera!, ¡dice que va a ser de la caldera!; ¡le llamo porque se ha roto la caldera, me cambia el manómetro y la bomba de la caldera, me lleva costada la broma trescientos y pico euros con la mano de obra, y me dice que va a ser de la caldera! Pues ya podemos descartar el televisor y la termomix como responsables, ni siquiera como sospechosos: es la caldera; la avería de la caldera está en la caldera. Es de la caldera, y yo ahí no me puedo meter; tendrá que llamar al servicio técnico de la caldera, me dice. No le hablo, no puedo; casi ni le veo ya y me sostengo en pie a duras penas. El estupor, la impotencia y un ansia asesina, amén de una bajada de azúcar, me invaden. Querría cagarme en todas sus muelas, cruzarle la cara con un guantazo antológico a mano abierta, arrancarle las orejas, escupirle... El hombre este confunde mis sentimientos, se pone pedagógico y me aclara: yo, de aquí para acá, dice señalando la maraña de tuberías a un costado del armatoste, lo que quiera, pero de aquí para allá, eso ya, el técnico...

El hombre este recogió sus herramientas y se marchó; me tomo la mano entre las suyas, la agitó un poco y se marchó. No me cobró el diagnóstico. Un detalle.

(Andrés Sopena)